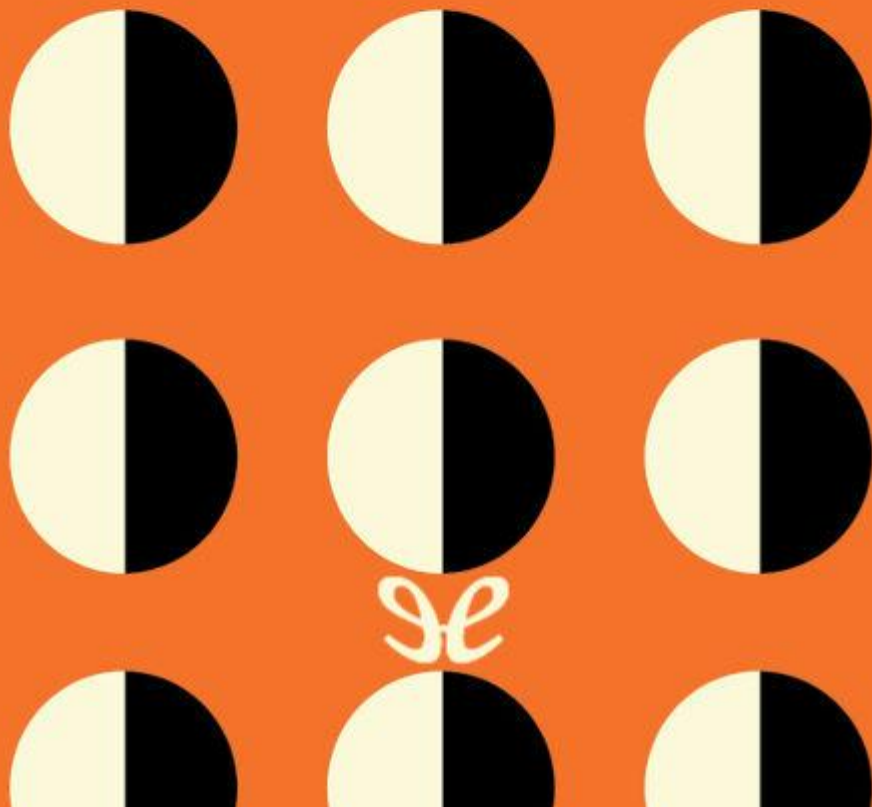




**CHIMAMANDA
NGOZI ADICHIE**

**Todos deberíamos
ser feministas**



Lo que sigue es la versión revisada de una conferencia que di en diciembre de 2012 en TEDxEuston, un simposio anual centrado en África. En él, una serie de oradores de campos diversos dan breves charlas dedicadas a estimular e inspirar tanto a los africanos como a los amigos de África. Decidí hablar de feminismo porque es algo muy importante para mí. Sospechaba que tal vez no fuera un tema muy popular, pero también confiaba en iniciar una conversación necesaria. De forma que aquella noche, mientras estaba sobre el estrado, sentí que me encontraba en presencia de una familia, de un público amable y atento, pero que podía oponer resistencia a mi charla. Al final su aplauso cerrado me dio esperanzas.



Chimamanda Ngozi Adichie

Todos deberíamos ser feministas

ePub r1.0

Titivillus 13.09.17

Título original: *We Should Be All Feminists*
Chimamanda Ngozi Adichie, 2012
Traducción: Javier Calvo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

Lo que sigue es la versión revisada de una conferencia que di en diciembre de 2012 en TEDxEuston, un simposio anual centrado en África. En él, una serie de oradores de campos diversos dan breves charlas dedicadas a estimular e inspirar tanto a los africanos como a los amigos de África. Hace unos años hablé en otro simposio de TED, donde pronuncié una charla titulada «Los peligros de la historia única», acerca de cómo los estereotipos limitan nuestro pensamiento y le dan forma, particularmente los estereotipos sobre África. Me da la impresión de que la palabra «feminista», y la idea en sí del feminismo, también se ven constreñidas por los estereotipos. Cuando mi hermano Chuks y mi mejor amigo Ike, los dos coorganizadores del simposio TEDxEuston, me insistieron en que participara con una conferencia, no pude negarme. Decidí hablar de feminismo porque es algo muy importante para mí. Sospechaba que tal vez no fuera un tema muy popular, pero también confiaba en iniciar una conversación necesaria. De forma que aquella noche, mientras estaba sobre el estrado, sentí que me encontraba en presencia de una familia, de un público amable y atento, pero que podía oponer resistencia a mi charla. Al final su aplauso cerrado me dio esperanzas.

**TODOS TENDRÍAMOS QUE SER
FEMINISTAS**

Okoloma era uno de mis mejores amigos de infancia. Vivía en mi calle y me cuidaba como si fuera mi hermano mayor: si a mí me gustaba un chico, yo le pedía opinión a Okoloma. Okoloma era gracioso e inteligente y llevaba botas de vaquero con las punteras picudas. En diciembre de 2005, Okoloma murió en un accidente de aviación en el sur de Nigeria. Todavía me cuesta expresar cómo me sentí. Okoloma era una persona con la que yo podía discutir, reírme y hablar de verdad. También fue la primera persona que me llamó «feminista».

Yo tenía unos catorce años. Estábamos en su casa, discutiendo, los dos atiborrados del conocimiento a medio digerir de los libros que habíamos leído. No me acuerdo de qué estábamos debatiendo en concreto. Pero me acuerdo de que, en medio de toda mi diatriba, Okoloma me miró y me dijo:

—¿Sabes que eres una feminista?

No era un cumplido. Me di cuenta por el tono en que lo dijo, el mismo tono con que alguien te podía decir: «Tú apoyas el terrorismo».

Yo no sabía qué quería decir exactamente aquello de «feminista». Pero no quería que Okoloma se diera cuenta de que no lo sabía. Así que lo pasé por alto y seguí discutiendo. Lo primero que pensaba hacer nada más llegar a casa era buscar la palabra en el diccionario.



Ahora demos un salto de varios años.

En 2003 escribí una novela titulada *La flor púrpura*, sobre un hombre que, entre otras cosas, pega a su mujer, y cuya historia no termina demasiado bien. Mientras estaba promocionando la novela en Nigeria, un periodista, un hombre amable y bienintencionado, me dijo que quería darme un consejo. (Los nigerianos, como quizá sepan, siempre están dispuestos a dar consejos no solicitados).

Me comentó entonces que la gente decía que mi novela era feminista, y que el consejo que me daba —y me lo dijo negando tristemente con la cabeza— era que no me presentara nunca como feminista, porque las feministas son mujeres infelices porque no pueden encontrar marido.

Así que decidí presentarme como «feminista feliz».

Por aquella época una académica, una mujer nigeriana, me dijo que el feminismo no era nuestra cultura, que el feminismo era antiafricano, y que yo solo me consideraba feminista porque estaba influida por los libros occidentales. (Lo cual me pareció divertido porque gran parte de mis lecturas de juventud eran decididamente antifeministas: antes de los dieciséis años debí de leer todas las novelas románticas de Mills & Boon que se habían publicado. Y cada vez que intentaba leer los que se consideraban «textos clásicos del feminismo» me aburría y me costaba horrores terminarlos).

En cualquier caso, como el feminismo era antiafricano, decidí que empezaría a presentarme como «feminista feliz africana». Luego una amiga íntima me dijo que presentarme como feminista significaba que odiaba a los hombres. Así que decidí que iba a ser una «feminista feliz africana que no odia a los hombres». En

un momento dado llegué incluso a ser una «feminista feliz africana que no odia a los hombres y a quien le gusta llevar pintalabios y tacones altos para sí misma y no para los hombres».

Por supuesto, gran parte de todo esto era irónico, pero lo que demuestra es que la palabra «feminista» está sobrecargada de connotaciones, connotaciones negativas.

Odias a los hombres, odias los sujetadores, odias la cultura africana, crees que las mujeres deberían mandar siempre, no llevas maquillaje, no te depilas, siempre estás enfadada, no tienes sentido del humor y no usas desodorante.



Cuento ahora una historia de mi infancia.

Cuando yo era estudiante de primaria en Snukka, una ciudad universitaria del sudeste de Nigeria, mi profesora nos dijo al empezar el trimestre que nos iba a poner un examen y que el que sacara la nota más alta sería el monitor de la clase. Ser el monitor de la clase no era moco de pavo. Si eras el monitor de la clase, todos los días apuntabas los nombres de quienes alborotaban, lo cual ya implicaba de por sí un poder embriagador, pero es que además mi profesora te daba una vara para que la llevaras en la mano mientras recorrías el aula y patrullabas la clase en busca de alborotadores. Por supuesto, no se te permitía *usar* la vara. Para una niña de nueve años como yo, sin embargo, era una perspectiva emocionante. Yo tenía muchas ganas de ser monitora de la clase. Y saqué la nota más alta del examen.

Y entonces, para mi sorpresa, mi profesora dijo que el monitor tenía que ser un chico. Se le había pasado por alto aclararlo antes; había dado por sentado que era obvio. La segunda mejor nota del examen la había sacado un niño. Y el monitor sería él.

Lo más interesante del caso es que aquel niño era una criatura dulce y amable que no tenía interés alguno en patrullar la clase con un palo. Yo, en cambio, me moría de ganas.

Pero yo era mujer y él era hombre, o sea que el monitor de la clase fue él.

Nunca he olvidado aquel incidente.

Si hacemos algo una y otra vez, acaba siendo normal. Si vemos la misma cosa una y otra vez, acaba siendo normal. Si solo los chicos llegan a monitores de clase, al final llegará el momento en que pensemos, aunque sea de forma inconsciente, que el monitor de la clase tiene que ser un chico. Si solo vemos a hombres presidiendo empresas, empezará a parecernos «natural» que solo haya hombres presidentes de empresas.



A menudo cometo la equivocación de pensar que algo que a mí me resulta obvio es igual de obvio para todo el mundo. Pongamos por caso a mi querido amigo Louis,

que es un hombre brillante y progresista. Él y yo conversábamos a veces y él me decía: «No entiendo a qué te refieres cuando dices que las cosas son distintas y más difíciles para las mujeres. Tal vez lo fueran en el pasado, pero ahora no. Ahora las mujeres ya lo tienen bien». Yo no entendía cómo Louis era incapaz de ver algo que parecía tan evidente.

Me encanta volver de visita a Nigeria, y gran parte del tiempo que estoy allí lo paso en Lagos, que es la ciudad y núcleo comercial más grande del país. A veces, cuando el calor remite al atardecer y la ciudad se ralentiza un poco, salgo con mis amistades o mi familia por los restaurantes y los cafés. Durante una de esas veladas, Louis y yo habíamos salido con amigos.

En Lagos hay un elemento maravilloso del mobiliario urbano: un pequeño contingente de jóvenes enérgicos que esperan delante de ciertos establecimientos y te «ayudan» muy teatralmente a aparcar tu coche. Lagos es una metrópoli de casi veinte millones de personas, con más energía que Londres y más espíritu empresarial que Nueva York, de forma que a sus habitantes se le ocurren mil maneras de ganarse el sustento. Como pasa en la mayoría de las ciudades, puede ser difícil encontrar aparcamiento a la hora de la cena, así que esos jóvenes se ganan la vida encontrando sitios donde aparcar y —aunque haya más sitios disponibles— guiándote hasta el tuyo sin dejar de gesticular y prometerte que te van a «cuidar» el coche hasta que vuelvas. A mí me impresionó en particular la teatralidad del hombre que nos encontró un sitio para aparcar aquella noche. Así pues, mientras nos marchábamos, decidí darle propina. Abrí el bolso, metí la mano dentro para coger mi dinero y se lo di al hombre. Contento y agradecido, el hombre cogió el dinero que yo le daba, miró a Louis y le dijo:

—¡Gracias, señor!

Louis me miró a mí, sorprendido, y me preguntó:

—¿Por qué me da las gracias a mí? El dinero no se lo he dado yo.

Entonces vi en su cara que lo entendía. El hombre creía que el dinero que yo le había dado venía de Louis. Porque Louis es hombre.



Hombres y mujeres somos distintos. Hormonas distintas, órganos sexuales distintos y capacidades biológicas distintas: las mujeres pueden tener bebés y los hombres no. Los hombres tienen más testosterona y por lo general más fuerza física que las mujeres. La población femenina del mundo es ligeramente mayor —un 52 por ciento de la población mundial son mujeres—, y sin embargo la mayoría de los cargos de poder y prestigio están ocupados por hombres. La difunta premio Nobel keniana Wangari Maathai lo explicó muy bien y de forma muy concisa diciendo que, cuanto más arriba llegas, menos mujeres hay.

Durante las recientes elecciones de Estados Unidos no paramos de oír hablar de la Ley Lilly Ledbetter, pero si vamos más allá de su bonito nombre aliterativo, lo que la ley nos estaba diciendo era esto: en Estados Unidos un hombre y una mujer pueden estar haciendo el mismo trabajo con idéntica cualificación y el hombre cobra más *por el hecho de ser hombre*.

De forma que, en un sentido literal, los hombres gobiernan el mundo. Esto tenía sentido hace mil años. Por entonces los seres humanos vivían en un mundo en el que el atributo más importante para la supervivencia era la fuerza física; cuanto más fuerza física tenía una persona, más números tenía para ser líder. Y los hombres, por lo general, son más fuertes físicamente. (Por supuesto, hay muchas excepciones). Hoy en día vivimos en un mundo radicalmente distinto. La persona más cualificada para ser líder *ya no es* la persona con más fuerza física. Es la más inteligente, la que tiene más conocimientos, la más creativa o la más innovadora. Y para estos atributos no hay hormonas. Una mujer puede ser igual de inteligente, innovadora y creativa que un hombre. Hemos evolucionado. En cambio, nuestras ideas sobre el género no han evolucionado mucho.



No hace mucho entré en el vestíbulo de uno de los mejores hoteles de Nigeria y un portero me paró y se puso a hacerme una serie de preguntas bastante molestas: ¿cuál era el nombre y el número de habitación de la persona a la que yo estaba visitando?, ¿conocía yo a aquella persona?, ¿podía demostrar que era cliente del hotel enseñándole mi llave electrónica? Y es que todo el mundo supone automáticamente que una mujer nigeriana que entra sola en un hotel es una trabajadora sexual. Porque es impensable que una mujer nigeriana pueda ser una cliente que paga su habitación. A un hombre que entra en el mismo hotel no lo molestan. Se da por sentado que está allí por razones legítimas. (Y, por cierto, ¿por qué esos hoteles no se meten con la *demanda* de trabajadores sexuales, sino solo con la *oferta* ostensible?).

En Lagos hay muchos clubes y bares de buen tono donde no puedo entrar sola. Si eres una mujer *sola* no te dejan entrar. Te tiene que acompañar un hombre. De forma que tengo amigos que llegan a los clubes y acaban teniendo que entrar cogidos del brazo de una completa desconocida porque esa desconocida, que es una mujer sola, no ha tenido más remedio que pedir «ayuda» para entrar en el club.

Cada vez que entro en un restaurante nigeriano con un hombre, el camarero da la bienvenida al hombre y a mí finge que no me ve. Los camareros son producto de una sociedad que les ha enseñado que los hombres son más importantes que las mujeres, y sé que no lo hacen con mala intención, pero una cosa es saber algo con el intelecto y otra distinta es sentirlo a nivel emocional. Cada vez que me pasan por alto, me siento invisible. Me enfado. Me dan ganas de decirles que yo soy igual de humana que el hombre e igual de merecedora de saludo. Son nimiedades, pero a veces son las cosas pequeñas las que más nos duelen.

Hace poco escribí un artículo sobre la experiencia de ser una mujer joven en Lagos. Pues un conocido me dijo que era un artículo rabioso y que no debería haberlo escrito con tanta rabia. Pero yo me mantuve en mis trece. Claro que era rabioso. La situación actual en materia de género es muy injusta. Estoy rabiosa. Todos tendríamos que estar rabiosos. La rabia tiene una larga historia de propiciar cambios positivos. Y además de rabia, también tengo esperanza, porque creo

firmemente en la capacidad de los seres humanos para reformularse a sí mismos para mejor.

Pero volvamos a la rabia. Oí el matiz de advertencia en el tono de mi conocido y me di cuenta de que su comentario iba tanto por el artículo como por mi carácter. La rabia, me decía aquel tono, es particularmente indeseable en una mujer. Si eres mujer, no tienes que expresar rabia, porque resulta amenazador. Tengo una amiga, una mujer estadounidense, que se quedó con el puesto directivo de un hombre. Su predecesor había sido tildado de «duro y ambicioso»; era un hombre cortante, agresivo y especialmente estricto a la hora de firmar las hojas de asistencia. Al quedarse con el puesto, ella se imaginaba que sería igual de dura que el hombre, aunque tal vez un poco más amable que él; él no siempre era consciente de que la gente tenía familia, mientras que ella sí. Cuando apenas llevaba unas semanas en el cargo, sancionó a un empleado por falsificar una hoja de asistencia, que era lo mismo que habría hecho su predecesor. Pues el empleado fue y se quejó a la dirección del estilo de ella. La tachó de agresiva y dijo que era difícil trabajar con ella. Otros empleados se mostraron de acuerdo. Uno de ellos llegó a decir que había esperado que ella aportara un «toque femenino» a su tarea, pero que no había sido así.

A ninguno de ellos se le ocurrió que mi amiga estaba haciendo lo mismo que le había reportado elogios a su predecesor.

Tengo otra amiga, también estadounidense, que tiene un trabajo muy bien remunerado en el mundo de la publicidad. Es una de las dos mujeres que hay en su equipo. Esa amiga me contó que en una reunión se había sentido menoscabada por su jefe; el jefe en cuestión había pasado por alto sus comentarios y luego había elogiado otros parecidos pero que venían de un hombre. Ella tuvo ganas de quejarse y de cuestionar a su jefe. Pero no lo hizo. Lo que hizo fue irse al cuarto de baño después de la reunión y echarse a llorar; a continuación me llamó para desfogarse. No había querido quejarse para no parecer agresiva. Se limitó a dejar que el resentimiento le bullera por dentro.

Lo que me llamó la atención —de ella y de otras muchas amigas estadounidenses que tengo— es lo mucho que se esfuerzan por «caer bien». Parece que han sido criadas para pensar que es muy importante gustar a los demás y que ese rasgo de «gustar» implica algo muy concreto. Y ese algo concreto excluye el hecho de mostrar rabia, ser agresiva o manifestar tu desacuerdo en voz demasiado alta.

Pasamos demasiado tiempo enseñando a las niñas a preocuparse por lo que piensen de ellas los chicos. Y, sin embargo, al revés no lo hacemos. No enseñamos a los niños a preocuparse por caer bien. Pasamos demasiado tiempo diciéndoles a las niñas que no pueden ser rabiosas ni agresivas ni duras, lo cual ya es malo de por sí, pero es que luego nos damos la vuelta y nos dedicamos a elogiar o a justificar a los hombres por las mismas razones. El mundo entero está lleno de artículos de revistas y de libros que les dicen a las mujeres qué tienen que hacer, cómo tienen que ser y cómo no tienen que ser si quieren atraer o complacer a los hombres. Hay muchas menos guías para enseñar a los hombres a complacer a las mujeres.

Yo imparto un taller de escritura en Lagos, y en una ocasión una de las participantes, una mujer joven, me contó que una amiga suya le había dicho que no

escuchara mis «discursos feministas», porque absorbería ideas más que destruirían su matrimonio. Se trata de una amenaza —la destrucción del matrimonio y la posibilidad de no volver a tener otro nunca— que en nuestra sociedad tiene muchos más números de usarse contra una mujer que contra un hombre.

El género importa en el mundo entero. Y hoy me gustaría pedir que empecemos a soñar con un plan para un mundo distinto. Un mundo más justo. Un mundo de hombres y mujeres más felices y más honestos consigo mismos. Y esta es la forma de empezar: tenemos que criar a nuestras hijas de otra forma. Y también a nuestros hijos.



La forma en que criamos a nuestros hijos les hace un flaco favor. Reprimimos la humanidad de los niños. Definimos la masculinidad de una forma muy estrecha. La masculinidad es una jaula muy pequeña y dura en la que metemos a los niños.

Enseñamos a los niños a tener miedo al miedo, a la debilidad y a la vulnerabilidad. Les enseñamos a ocultar quiénes son realmente, porque tienen que ser, como se dice en Nigeria, *hombres duros*.

En la secundaria, un chico y una chica salen juntos, los dos adolescentes y sin apenas dinero en el bolsillo. Y, sin embargo, es el chico quien tiene que pagar siempre la cuenta, para demostrar su masculinidad. (Y luego nos preguntamos por qué los chicos suelen robar más dinero a sus padres).

¿Y si a los chicos y a las chicas no les enseñáramos a vincular masculinidad y dinero? ¿Y si su actitud no fuera «debe pagar el chico», sino más bien «que pague quien más tenga»? Por supuesto, gracias a su ventaja histórica, hoy en día casi siempre es el hombre el que tiene más. Pero si empezamos a criar de otra manera a nuestros hijos e hijas, dentro de cincuenta o de cien años los chicos dejarán de sentirse presionados para demostrar su masculinidad por medios materiales.

Pero lo peor que les hacemos a los niños, con diferencia —a base de hacerles sentir que tienen que ser duros—, es dejarlos con unos egos muy frágiles. Cuanto más *duro* se siente obligado a ser un hombre, más debilitado queda su ego.

Y luego les hacemos un favor todavía más flaco a las niñas, porque las criamos para que estén al servicio de esos frágiles egos masculinos.

A las niñas les enseñamos a encogerse, a hacerse más pequeñas.

A las niñas les decimos: Puedes tener ambición, pero no demasiada. Debes intentar tener éxito, pero no demasiado, porque entonces estarás amenazando a los hombres. Si tú eres el sostén económico en tu relación con un hombre, finge que no lo eres, sobre todo en público, porque si no lo estarás castrando.

Pero ¿qué pasaría si cuestionáramos esa misma premisa? ¿Por qué el éxito de una mujer ha de ser una amenaza para un hombre? ¿Y si simplemente nos deshacemos de esa palabra (y no sé si hay una palabra que yo odie más): *castración*?

Una conocida nigeriana me preguntó una vez si me preocupaba el hecho de intimidar a los hombres.

A mí no me preocupaba en absoluto. De hecho, ni siquiera se me había ocurrido que me preocupara, porque un hombre a quien yo intimide es exactamente la clase de hombre que no me interesa.

Aun así, la pregunta me chocó. Como soy mujer, se espera de mí que aspire al matrimonio. Se espera de mí que tome decisiones en la vida sin olvidar nunca que el matrimonio es lo más importante. El matrimonio puede ser bueno, una fuente de placer, amor y apoyo mutuo. Pero ¿por qué enseñamos a las niñas a aspirar al matrimonio pero a los niños no?

Conozco a una mujer nigeriana que decidió vender su casa porque no quería intimidar a un hombre que tal vez quisiera casarse con ella.

Conozco a una mujer soltera en Nigeria que, cuando va a seminarios, lleva anillo de casada porque quiere que sus colegas, según ella, «la respeten».

Lo triste del caso es que es cierto que un anillo de casada la va a hacer parecer automáticamente más respetable, mientras que no llevarlo hará que resulte más fácil no tomarla en serio; y esto sucede en un ambiente de trabajo moderno.

Conozco a mujeres jóvenes que experimentan una presión tan grande para casarse —por parte de su familia, de sus amigas y hasta del trabajo— que esa presión las empuja a tomar decisiones terribles.

Nuestra sociedad enseña a las mujeres solteras de cierta edad a considerar su soltería un profundo fracaso personal.

En cambio, un hombre de cierta edad que no se ha casado es porque todavía no ha elegido.

Es fácil decir que las mujeres pueden decir no a todo esto. La realidad, sin embargo, es más difícil y compleja. Todos somos seres sociales. Todos interiorizamos ideas de nuestra socialización.

Hasta el lenguaje que usamos ilustra esto. El lenguaje del matrimonio se basa a menudo en la propiedad, no en el compañerismo.

Usamos la palabra «respeto» para referirnos a lo que la mujer le muestra al hombre, pero casi nunca para lo que el hombre muestra a la mujer.

Tanto hombres como mujeres dicen: «He hecho tal o cual cosa para tener paz en mi matrimonio».

Cuando lo dicen los hombres, suelen referirse a algo que no deberían hacer. Es algo que les dicen a sus amigos en tono amablemente exasperado, algo que en última instancia les demuestra su masculinidad: «Oh, mi mujer me ha dicho que no puedo ir a discotecas todas las noches, así que ahora, para tener paz en mi matrimonio, solo salgo los fines de semana».

Cuando las mujeres dicen «He hecho tal o cual cosa para tener paz en mi matrimonio», suele ser porque han renunciado a un trabajo, a una meta profesional o a un sueño.

Enseñamos a las chicas que, en sus relaciones, lo que hace más a menudo la mujer es renunciar.

Criamos a las mujeres para que se vean las unas a las otras como competidoras, y no por puestos de trabajo ni logros personales, que es algo que en mi opinión podría ser bueno, sino por la atención de los hombres.

Enseñamos a las chicas que no pueden ser seres sexuales de la misma forma que los chicos. Si tenemos hijos, no nos importa saber que tienen novias. Pero ¿que

nuestras hijas tengan novios? Dios no lo quiera. (Aunque, por supuesto, esperamos que cuando sea el momento indicado nos traigan a casa al hombre perfecto para casarse con él).

A las chicas les hacemos de policía. A ellas las elogiamos por su virginidad, pero a los chicos no (y me pregunto cómo debe de funcionar eso, porque la pérdida de virginidad es un proceso que suele requerir dos personas de género distinto).

Hace poco violaron en grupo a una joven en una universidad de Nigeria y la reacción de muchos jóvenes nigerianos, tanto chicos como chicas, fue algo así como: Vale, la violación no está bien, pero ¿qué estaba haciendo una chica sola en una habitación con cuatro chicos?

Olvidemos, si podemos, la horrible inhumanidad de esa reacción. A esos nigerianos los han criado para pensar que las mujeres son inherentemente culpables. Y los han criado para esperar tan poco de los hombres que la idea de que puedan ser seres salvajes y sin autocontrol ya resulta más o menos aceptable.

Enseñamos a las chicas a tener vergüenza. «Cierra las piernas». «Tápate». Les hacemos sentir que, por el hecho de nacer mujeres, ya son culpables de algo. Y lo que sucede es que las chicas se convierten en mujeres que no pueden decir que experimentan deseo. Que se silencian a sí mismas. Que no pueden decir lo que piensan realmente. Que han convertido el fingimiento en un arte.

Conozco a una mujer que odia las tareas domésticas pero finge que le gustan porque le han enseñado que para ser un buen partido tiene que ser —para usar otro concepto nigeriano— una «mujer de su casa». Por fin esa mujer se casó. Entonces la familia de su marido empezó a quejarse de que había cambiado. Pero en realidad no había cambiado. Simplemente se había cansado de fingir que era quien no era.

El problema del género es que prescribe cómo *tenemos que ser*, en vez de reconocer cómo somos realmente. Imagínense lo felices que seríamos, lo libres que seríamos siendo quienes somos en realidad, sin sufrir la carga de las expectativas de género.



Es innegable que chicos y chicas son biológicamente distintos, pero la socialización exagera las diferencias. Y luego empieza un proceso que se alimenta a sí mismo. Miren, por ejemplo, la cocina. Hoy en día es más probable en general que sean las mujeres quienes hacen las tareas de la casa: cocinar y limpiar. Pero ¿por qué? ¿Acaso es porque las mujeres nacen con el gen de la cocina, o bien porque a lo largo de los años han sido socializadas para que piensen que cocinar es su papel? Iba a decir que tal vez las mujeres *sí* nazcan con el gen de la cocina, pero entonces me he acordado de que la mayoría de los cocineros famosos del mundo —los que reciben el elegante título de «chefs»— son hombres.

Yo solía mirar a mi abuela, una mujer brillante, y preguntarme qué habría sido de ella si de joven hubiera tenido las mismas oportunidades que un hombre. Hoy en día las mujeres tenemos más oportunidades que en la época de mi abuela. Gracias a los cambios políticos y legislativos, que son muy importantes.

Y, sin embargo, nuestra actitud y nuestra mentalidad siguen pesando más.

¿Qué pasaría si, a la hora de criar a nuestros hijos e hijas, no nos centráramos en el género sino en la *capacidad*? ¿Y si no nos centráramos en el género sino en los *intereses*?



Conozco a una familia con una hija y un hijo que se llevan un año, los dos brillantes en los estudios. Cuando el chico tiene hambre, los padres le dicen a la chica: Ve a prepararle unos fideos instantáneos a tu hermano. A la chica no le gusta cocinar fideos instantáneos, pero es una chica y tiene que hacerlo. ¿Y si desde el primer momento sus padres les hubieran enseñado a cocinarlos *a los dos*? Cocinar, por cierto, es una habilidad práctica y útil también para un chico; siempre me ha parecido que no tenía mucho sentido dejar algo tan crucial —la capacidad de alimentarse a uno mismo— en manos ajenas.

Conozco a una mujer que tiene el mismo título académico y el mismo trabajo que su marido. Cuando vuelven los dos del trabajo, ella hace la mayoría de las tareas domésticas, que es algo que pasa en muchos matrimonios, pero lo que me llamó la atención un día fue que cada vez que él cambiaba el pañal del bebé, ella le daba las gracias. ¿Qué pasaría si ella considerara normal y natural que él la ayudara a cuidar del bebé?



Estoy intentando desaprender muchas lecciones de género que interioricé al crecer. Pero a veces me sigo sintiendo vulnerable ante las expectativas de género.

La primera vez que impartí una clase de posgrado de escritura estaba preocupada. No por el temario, porque lo tenía bien preparado y estaba enseñando lo que me gustaba. Lo que me preocupaba era qué ropa ponerme. Quería que me tomaran en serio.

Yo era consciente de que, por el hecho de ser mujer, automáticamente tendría que *demostrar* mi valía. Y me preocupaba el hecho de resultar demasiado femenina. Tenía muchas ganas de ponerme brillo de labios y una falda bonita, pero decidí no hacerlo. Llevé un conjunto muy serio, muy masculino y muy feo.

La triste verdad del asunto es que, en lo tocante a la apariencia, seguimos teniendo al hombre como estándar, como norma. Muchos pensamos que cuanto menos femenina se vea una mujer, más probable es que la tomen en serio. Un hombre que va a una reunión de trabajo no se pregunta si se lo van a tomar en serio en base a la ropa que lleva puesta, pero una mujer sí.

Desearía no haber llevado aquel traje tan feo aquel día. Si hubiera tenido la confianza que tengo hoy para ser yo misma, mis alumnos se habrían beneficiado todavía más de mis clases. Porque me habría sentido más cómoda y más yo misma de una forma más plena y verdadera.

He decidido no volver a avergonzarme de mi feminidad. Y quiero que me respeten siendo tan femenina como soy. Porque lo merezco. Me gusta la política y la Historia, y cuando más feliz soy es cuando estoy teniendo una buena discusión intelectual. Soy femenina. Felizmente femenina. Me gustan los tacones altos y probar pintalabios. Es agradable que te hagan cumplidos, tanto los hombres como las mujeres (aunque si tengo que ser sincera, prefiero los cumplidos que vienen de mujeres elegantes), pero a menudo llevo ropa que a los hombres no les gusta, o bien no la «entienden». La llevo porque me gusta y porque me siento bien con ella. La «mirada masculina», a la hora de dar forma a mis decisiones vitales, es bastante anecdótica.



No es fácil tener conversaciones sobre género. Ponen incómoda a la gente y a veces la irritan. Tanto hombres como mujeres se resisten a hablar de género, o bien tienen tendencia a restar importancia rápidamente a los problemas de género. Porque siempre incómoda pensar en cambiar el estado de las cosas.

Hay gente que pregunta: «¿Por qué usar la palabra “feminista”? ¿Por qué no decir simplemente que crees en los derechos humanos o algo parecido?». Pues porque no sería honesto. Está claro que el feminismo forma parte de los derechos humanos en general, pero elegir usar la expresión genérica «derechos humanos» supone negar el problema específico y particular del género. Es una forma de fingir que no han sido las mujeres quienes se han visto excluidas durante siglos. Es una forma de negar que el problema del género pone a las mujeres en el punto de mira. Que tradicionalmente el problema no era ser humano, sino concretamente ser una humana de sexo femenino. Durante siglos, el mundo dividía a los seres humanos en dos grupos y a continuación procedía a excluir y oprimir a uno de esos grupos. Es justo que la solución al problema reconozca eso.

Hay hombres que se sienten amenazados por la idea del feminismo. Creo que viene de la inseguridad que les genera la forma en que se les cría, del hecho de que su autoestima se ve mermada si ellos no tienen «naturalmente» el control en calidad de hombres.



Otros hombres pueden responder diciendo: «Vale, esto es interesante, pero yo no pienso así. Yo ni siquiera pienso en términos de género».

Pues quizá no.

Y ahí radica parte del problema. En el hecho de que muchos hombres no *piensan* de forma activa en el género ni se fijan en él. De que muchos hombres, como me dijo mi amigo Louis, dicen que tal vez las cosas estuvieran mal en el pasado pero ahora están bien. Y de que muchos hombres no hacen nada para cambiar eso. Si eres hombre y entras en un restaurante y el camarero te saluda

solo a ti, ¿acaso se te ocurre preguntarle: «Por qué no la has saludado a ella»? Los hombres tienen que denunciar estas situaciones aparentemente poco importantes.

Y como el género puede resultar un tema incómodo, hay formas fáciles de terminar la conversación.

Hay quien saca a colación la evolución biológica y los simios, el hecho de que las hembras de los simios se inclinan ante los machos, y cosas parecidas. Pero la cuestión es que no somos simios. Los simios también viven en los árboles y comen lombrices. Nosotros no.

Hay quien dice: «Bueno, los hombres pobres también lo pasan mal». Y es verdad.

Pero esta conversación no trata de eso. El género y la clase social son cosas distintas. Los hombres pobres siguen disfrutando de los privilegios de ser hombres, por mucho que no disfruten de los privilegios de ser ricos. A base de hablar con hombres negros, he aprendido mucho sobre los sistemas de opresión y sobre cómo pueden ser ciegos los unos con respecto a los otros. Una vez yo estaba hablando de cuestiones de género y un hombre me dijo: «¿Por qué tienes que hablar como mujer? ¿Por qué no hablas como ser humano?». Este tipo de pregunta es una forma de silenciar las experiencias concretas de una persona. Por supuesto que soy un ser humano, pero hay cosas concretas que me pasan a mí en el mundo por el hecho de ser mujer. Y aquel mismo hombre, por cierto, hablaba a menudo de su experiencia como hombre negro. (Y yo tendría que haberle contestado: «¿Por qué no hablas de tus experiencias como hombre o como ser humano? ¿Por qué como hombre negro?»).

Así que no, esta conversación trata del género. Hay gente que dice: «Oh, pero es que las mujeres tienen el poder verdadero, el poder de abajo». (Esta es una expresión nigeriana para referirse a las mujeres que usan su sexualidad para conseguir cosas de los hombres). Pero el poder de abajo no es poder en realidad, porque la mujer que tiene el poder de abajo no es poderosa por sí misma; simplemente tiene una vía de acceso para obtener poder de otra persona. Pero ¿qué pasa si el hombre está de mal humor o enfermo o temporalmente impotente?

Hay quien dice que las mujeres están subordinadas a los hombres porque es nuestra cultura. Pero la cultura nunca para de cambiar. Yo tengo unas preciosas sobrinas gemelas de quince años. Si hubieran nacido hace cien años, se las habrían llevado y las habrían matado, porque hace cien años la cultura igbo creía que era un mal presagio que nacieran gemelos. Hoy en día esa práctica resulta inimaginable para todo el pueblo igbo.

¿Qué sentido tiene la cultura? En última instancia, la cultura tiene como meta asegurar la preservación y la continuidad de un pueblo. En mi familia, yo soy la hija que más interés tiene por la historia de quiénes somos, por las tierras ancestrales y por nuestra tradición. Mis hermanos no tienen tanto interés en esas cosas. Y, sin embargo, yo estoy excluida de esas cuestiones, porque la cultura igbo privilegia a los hombres y únicamente los miembros masculinos del clan pueden asistir a las reuniones donde se toman las decisiones importantes de la familia. Así pues, aunque a quien más interesan esas cosas es a mí, yo no tengo voz ni voto. Porque soy mujer.

La cultura no hace a la gente. La gente hace la cultura. Si es verdad que no forma parte de nuestra cultura el hecho de que las mujeres sean seres humanos de pleno derecho, entonces podemos y debemos cambiar nuestra cultura.



Me acuerdo mucho de mi amigo Okoloma. Que sigan descansando en paz él y los demás fallecidos en aquel accidente aéreo de Sosoliso. Quienes lo queremos siempre nos acordaremos de él. Y él tenía razón hace tantos años, cuando me llamó feminista. Soy feminista.

Y cuando hace tantos años busqué la palabra en el diccionario, me encontré con que ponía: «Feminista: persona que cree en la igualdad social, política y económica de los sexos».

Por las historias que he oído, mi bisabuela era feminista. Se escapó de la casa del hombre con el que no se quería casar y se casó con el hombre que había elegido ella. Cuando sintió que la estaban despojando de sus tierras y sus oportunidades por ser mujer, ella se negó, protestó y denunció la situación. Ella no conocía la palabra «feminista». Pero eso no quiere decir que no fuera feminista. Mucha más gente tendría que reivindicar esa palabra. El mejor feminista que conozco es mi hermano Kene, que también es un joven amable, atractivo y muy masculino. La definición que doy yo es que feminista es todo aquel hombre o mujer que dice: «Sí, hay un problema con la situación de género hoy en día y tenemos que solucionarlo, tenemos que mejorar las cosas».

Y tenemos que mejorarlas entre *todos*, hombres y mujeres.